

## Santayana y Russell: vidas tangenciales

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS

### RESUMEN

En este artículo examino la relación entre Russell y Santayana tanto desde un punto de vista personal como (en menor medida) desde uno estrictamente filosófico. A nivel personal, lo sorprendente es en verdad que ellos hayan logrado en lo absoluto desarrollar una amistad. Dado que sus personalidades y trasfondos personales eran radicalmente diferentes, uno de mis objetivos es tratar de describir la «lógica» de su algo extraña relación personal. Filosóficamente, su interacción fue más bien escasa, pero tienen algunos escritos interesantes y críticos de uno sobre el otro. En este ensayo me concentro brevemente sólo en la contribución de Santayana.

*Palabras clave:* amistad, literatura, historia, análisis, universales

### ABSTRACT

In this paper I approach Russell's and Santayana's relationship from both a personal and (to some extent) a philosophical point of view. On a personal level the surprising fact is that they managed to develop a friendship at all. Since their personal backgrounds and personalities were radically different, one of my goals is to try to describe the rational of such a strange relationship. Philosophically their interaction was rather scant, but they did write some interesting, critical papers on each other. Here I briefly concentrate only on Santayana's contribution.

*Keywords:* friendship, literature, history, analysis, universals.

## I. INTRODUCCIÓN

Parecería que, por extraño que resulte, en el mundo de lo humano mucho de lo que sólo es lógicamente posible tiene también, de uno u otro modo, su materialización. Sólo así nos explicamos la variedad de situaciones *prima facie* incomprensibles de las que forman parte las personas. Por ejemplo, una persona cautelosa, parsimoniosa, precavida, puede tener como mejor amigo a alguien temerario, desordenado y descuidado; una mujer bulliciosa, alegre, dicharachera puede enamorarse de un hombre sobrio, discreto y silencioso. Y así indefinidamente. Lo menos que puede decirse de relaciones así es que su calidad de reales no les quita su carácter anómalo. Uno intuitivamente diría que en las relaciones amistosas entre personas el principio prevaleciente sería el de que «lo semejante busca lo semejante» y no a la inversa, pero lo que en todo caso es innegable es que no siempre es así. Y esto lo digo porque si tuviéramos que caracterizar de alguna manera la un tanto distante y algo compleja relación que se labraron George Santayana y Bertrand Russell tendríamos que decir que dicha relación pertenece al conjunto de esas relaciones humanas extrañas que rayan en lo incomprensible. ¿Por qué? Porque si dejamos de lado ciertas contingencias, situaciones totalmente azarosas o enteramente casuales, lo sorprendente en primer lugar es que la amistad entre ellos se haya dado, pues se trata de dos personalidades *completamente* diferentes, por no decir contrapuestas. Sus trayectorias vitales no tienen en realidad nada en común, salvo el hermano de Russell, que fue quien los presentó, y quizá el hecho de que ambos pertenecían (con matices, en el caso de Santayana) a la cultura anglosajona y el que Santayana haya residido durante prolongados periodos en Inglaterra cuando Russell era estudiante o ya un investigador (*Fellow Research Student*). En realidad eran dos personas cuyas vidas se tocaron en unos cuantos puntos para de hecho muy rápidamente desaparecer uno del otro de sus respectivos horizontes existenciales. Nadie más ajeno a la personalidad y al modo de hacer filosofía de Bertrand Russell que George Santayana, y a la inversa. Se conocieron

por casualidad y mantuvieron una amistad formal a lo largo de muchos años cuya mayor expresión fue quizá el muy útil apoyo económico que Santayana generosamente le proporcionó a Russell cuando éste, residiendo en los Estados Unidos, se vio en serios problemas que le impedían obtener un trabajo. En lo que a la filosofía concierne, habría que señalar que Santayana tiene un escrito, no muy profundo como veremos más abajo, sobre ciertos aspectos de la filosofía del Russell de la primera década del siglo xx y al que, muchos años después, Russell correspondió con una contribución al volumen *The Philosophy of George Santayana*, en la colección de la famosa serie iniciada por P. A. Schilpp, de *The Library of Living Philosophers*. No es muy difícil percatarse de que las filosofías de Russell y Santayana son universos disyuntos, aunque hay un punto minúsculo en relación con el cual podría decirse que Santayana sí ejerció una mínima influencia en el pensamiento de Russell. Sobre esto regresaremos. A pesar de las inmensas diferencias que los separan, se pueden detectar ciertos pálidos paralelismos entre sus respectivos desempeños filosóficos que creo que valdría la pena resaltar. El plan de trabajo es entonces el siguiente: abordaré en primer lugar y de manera muy general la cuestión de sus relaciones personales; en segundo término contrastaré, un tanto superficialmente, sus estilos filosóficos; en tercer lugar, examinaré breve pero críticamente el ensayo de Santayana sobre la filosofía de Russell y concluiré con algunas consideraciones sobre la relación Santayana/Russell contemplada en forma global.

## II. SANTAYANA Y RUSSELL: LA RELACIÓN PERSONAL

A decir verdad, la relación personal entre Santayana y Russell se compone de unos cuantos hechos, unos cuantos encuentros, algunas anécdotas y nada más. Así es la historia y ello no se puede modificar. Lo que a nosotros nos corresponde hacer es examinarla críticamente de modo que podamos extraer algunas verdades concernientes a ellos mismos y examinar las evaluaciones que hicieron uno del otro. El material, hay que señalarlo de inmediato, no es abundante.

En lo que a Russell atañe, es muy significativo que en su *History of Western Philosophy*, él mencione a Santayana en cuatro ocasiones, pero simplemente para marcar algún contraste o alguna coincidencia con algún filósofo importante. El texto en donde él más se explica sobre Santayana es su libro *Retratos de memoria y otros ensayos*, en donde le dedica unas cuantas páginas. Y está desde luego, como ya mencioné, su artículo «The Philosophy of Santayana» en *The Philosophy of George Santayana*.

Es difícil no llevarse la impresión de que si no hubiera sido por la ayuda que Santayana le prestó a Russell cuando éste se vio en la inopia en los Estados Unidos por falta de trabajo e imposibilidad de abandonar el país, Russell habría sido mucho más duro, crítico y destructivo de lo que fue al pronunciarse sobre el pensamiento de Santayana. Lo más negativo que llega a decir Russell en sus memorias es que le parecía que Santayana no era del todo sincero. Dice Russell:

Quando lo llegué a conocer mejor, coincidí algo con él y discrepé mucho. Hacía gala de cierto espíritu independiente que no era completamente sincero [Russell (1962), p. 88].

Y añade un poco más adelante:

Por mi parte, nunca fui capaz de tomar muy en serio a Santayana como filósofo profesional, aunque creo que ha desempeñado una función útil al sacar a la luz como crítico puntos de vista que no son hoy corrientes [Russell (1962), p. 90].

Pensando bien las cosas, podríamos decir que Russell es inclusive amable. Es un dato innegable que Santayana, tanto por sus tesis como por su estilo filosófico, es un pensador ausente en la vida académica contemporánea. Es claramente un filósofo pre-analítico y pre-lingüístico, con todo lo bueno y lo malo que eso pueda entrañar, pero en todo caso ello lo hace ser un pensador ajeno al mundo

filosófico vivo y del cual Russell ciertamente ocupaba el centro. Esto último es hasta cierto punto explicable, dado que Santayana es un pensador autónomo y casi podría decirse que sus únicas fuentes son Platón y Spinoza. Y esto a su vez está vinculado con algo que creo que amerita ser consignado. Necesito, sin embargo, hacer previamente algunos recordatorios.

Presenté de manera sucinta la opinión de Russell sobre Santayana, pero ¿cuál era la opinión de Santayana sobre Russell? Para responder a esta pregunta es menester trazar una distinción: hay que distinguir entre, por una parte, la capacidad de observación de lo que se tiene delante y, por la otra, la perspicacia en el juicio sobre lo que se tiene delante. En relación con lo primero, no hay mucho que se pueda cuestionar: Santayana detecta muy bien hechos, rasgos de carácter y demás. En relación con lo segundo, sin embargo, surgen muchas dudas. Veamos por qué.

Cuando Santayana y Russell se conocieron, el primero ya era un filósofo formado, básicamente en los Estados Unidos, que en aquellos tiempos distaba mucho de ser una potencia filosófica, en tanto que el segundo estaba apenas iniciándose en sus estudios de filosofía. La actitud de Russell hacia Santayana era entonces, como él mismo lo cuenta, de respeto total. A partir de 1896, sin embargo, con la aparición de su primer libro, *German Social Democracy*, Russell inicia su gran aventura filosófica, la cual durará si no hasta su muerte sí alrededor de unos sesenta años todavía, periodo durante el cual él se afianzó como un filósofo líder indiscutible a nivel mundial. Pero es innegable que ya para finales de la Primera Guerra Mundial, que es cuando Santayana escribe las líneas que a continuación transcribo, Russell era un filósofo ampliamente conocido y reconocido. Veamos entonces qué opinión se había formado a la sazón Santayana de Russell. El párrafo es un poquito largo, pero vale la pena citarlo *in extenso*. Dice:

De todos mis amigos, de todas las personas que pertenecen en algo a mi mundo, el más distinguido era Bertrand Russell. Era de buena cuna,

tenía talento, cultura, un celo y una energía incansables, una inteligencia brillante y absoluta sinceridad y valor. Su amor a la justicia era tan agudo como su sentido del humorismo [*sic*].<sup>1</sup> Se desenvolvía a gusto en las matemáticas, las ciencias naturales y la historia. Sabía [*sic*]<sup>2</sup> bien los idiomas más importantes y estaba bien informado de todo lo que ocurría en el mundo de la política y la literatura. Debiera haber sido un líder, un hombre de fama e influencia universales. Se reconocía que era un hombre distinguido, pues había dejado marcas en matemáticas y en lógica e inspirado en gran parte la nueva secta filosófica de los «realistas lógicos» [Santayana 1955], p. 41].

Este es una visión muy favorable de Russell, sólo que de inmediato Santayana emite una evaluación que automáticamente balancea el elogio. Afirma:

Pero en conjunto, en relación con sus facultades, era un fracasado. Se desinfló. Derrochó tiempo y energía, y hasta dinero, en cosas indignas. No dejó un monumento —a menos que lo sean sus *Principia Mathematica*, escritos en colaboración con Whitehead— que haga justicia a sus facultades y le dé un puesto en la historia [Santayana 1955], p. 42].

El juicio de Santayana es a todas luces tanto precipitado como injusto. Precipitado, porque a Russell todavía le faltaban cuarenta años de vida filosófica activa, todavía habría de recibir el Premio Nobel de literatura y habría todavía de organizar el Tribunal de Estocolmo para juzgar la política norteamericana en Vietnam. No son méritos menores. Y, por otra parte, es injusto porque ya para entonces Russell estaba en los puestos avanzados de la investigación novedosa en filosofía. Para dar un ejemplo: lo que muchos considerarían como la mayor aportación de Russell a la filosofía, a saber, la Teoría las Descripciones, ya estaba en circulación desde 1905. Por otra parte, admito que no tengo la menor idea de a qué se refiere Santayana cuando acusa a Russell de haber gastado dinero en cosas indignas, pero como no dice nada al respecto no creo que ninguna especulación sea pertinente.

Santayana, por otra parte, dice algunas otras cosas interesantes sobre Russell, que mencionaré aquí sólo de pasada y para reforzar un punto de vista que quiero defender. Lo que me interesa poner de relieve es ante todo un desconcertante desconocimiento global por parte de Santayana de la vida filosófica con la que, no obstante, estaba estrechamente en contacto. Hay por lo menos dos situaciones que cuesta mucho creer que Santayana no haya percibido, entre otras razones porque él estaba físicamente en el lugar apropiado para ello. Lo primero que llama la atención es que Santayana haya sido *completamente ciego* al «fenómeno» Wittgenstein. Él menciona a Moore, a Whitehead, desde luego a James y a alguno que otro filósofo más o menos conocido, pero sobre el individuo que revolucionó la filosofía en Cambridge (y no sólo en Cambridge) y con el que en algún momento coincidió mientras vivía en Inglaterra no dice absolutamente nada. No hay una sola mención a él en toda su obra. Ya en sí mismo eso es de llamar la atención, pero lo peor es que como consecuencia de ello Santayana se auto-inhabilita para dar cuenta de la transformación que padeció ese individuo al que conoció y describió tanto antes como después de que entrara en contacto con Wittgenstein. Quienes nos hemos interesado en la vida y la obra de Russell sabemos que hay un Russell «pre-Wittgenstein» y un Russell «post-Wittgenstein», pero Santayana no percibió ese cambio. Y, en segundo lugar, resulta sorprendente el hecho de que Santayana no haya visto que, fijando fechas un tanto arbitrariamente, después precisamente de la publicación de *Principia Mathematica*, Russell prácticamente ya ocupaba el centro del mundo cultural serio de Gran Bretaña. Ya para entonces Russell era un hombre realmente universal, interesado tanto en cuestiones sumamente abstractas (como la naturaleza del infinito o la de la lógica) como en la vida política, literaria, religiosa, etc., de su país y de su sociedad (como la preparación de la Primera Guerra Mundial por parte del Reino Unido y su ulterior participación en ella). Russell estaba perfectamente consciente no sólo de su papel como continuador de la tradición inglesa en filosofía, una tradición que lleva de Hume a Mill, y por ende

de su inmensa responsabilidad como *el* continuador del empirismo británico, sino también de su singular posición en el universo cultural y político anglo-sajón de su época. Los Webb, Bernard Shaw, G. E. Moore, D. H. Lawrence, J. M. Keynes, etc., todos sabían quién era «Bertie» Russell y todos lo respetaban. Todo eso y más le pasó por enfrente a Santayana y él prácticamente ni se inmutó. ¿Cómo explicar semejante insensibilidad?

Yo creo que en parte la respuesta está en la peculiar personalidad de Santayana y, sobre todo, en su muy especial forma de practicar la filosofía. Santayana es ajeno al mundo del debate filosófico, de la confrontación argumentativa, una forma de hacer filosofía que nació en Inglaterra en aquellos tiempos y que poco a poco se fue extendiendo por todo el mundo anglo-sajón y más allá. Lo que Santayana hace es más bien crear su propio universo, operar dentro de él y olvidarse del resto. No estaba entonces en posición de aprehender la significación y la importancia de prácticas como la de la discusión filosófica, por lo que su visión es la de alguien que no participa en procesos o prácticas que resultaron ser cruciales. Para cuando él abandona Inglaterra para siempre, a finales de la Primera Guerra Mundial, Russell ya era una figura nacional reconocida, pero él se sigue formando opiniones sobre personas y situaciones como alguien que piensa y juzga estando en una isla desierta. Lo cual me lleva a otro punto digno de ser mencionado.

Hablé más arriba de paralelismos entre Santayana y Russell y sin duda un paralelismo así es escribir sobre sí mismo. Tanto uno como el otro son proclives a producir escritos auto-biográficos. Ahora bien, una vez reconocida esta similitud entre ellos, de inmediato empiezan a brotar las diferencias, porque los productos literarios de Santayana son drásticamente diferentes de los de Russell. Ellos comparten una pasión, pero no el modo de materializarla. Sin duda alguna, Santayana es un hombre de pluma ágil, alguien que describe con minuciosidad edificios, personas, situaciones, pero todo se reduce a una mera narrativa, a (por así decirlo) una descripción de secuencias de hechos. Rara vez, sin embargo, le sirven sus narraciones



a Santayana para extraer moralejas o conclusiones generales sobre lo que escribe. Sin duda, lo suyo es más literatura que historia. De hecho, algunos de sus escritos auto-biográficos podrían fácilmente ser interpretados como textos de ficción, como cuentos breves antes que como descripciones de hechos. En cambio para Russell los recuerdos sirven fundamentalmente para enseñarle algo al lector, para extraer lecciones de vida, para enseñarnos algo sobre las pasiones humanas, sobre las extravagancias y las rarezas de las personas, sobre la calidad moral de determinadas acciones y así indefinidamente. Santayana es como un testigo completamente indiferente frente a aquello de lo que es testigo. Habría que reconocer, sin embargo, que hay un punto en relación con el cual Santayana podría resultar más atractivo como escritor que Russell y es que Santayana es mucho más directo y dice crudamente lo que piensa y lo que siente. En una atmósfera en donde las personas están acostumbradas a ocultarse tras multitud de slogans, formas, etiquetas, rituales, etc., encontrar a alguien que no está dispuesto a perder su espontaneidad y su franqueza se vuelve una experiencia sumamente valiosa. Ni mucho menos pretendo insinuar que Russell fuera alguien que se escondía detrás de un lenguaje elegante, pero es evidente que su prosa no tiene el carácter directo y abierto que tiene la de Santayana.

Con todo, sería injusto no reconocer que, a pesar del distanciamiento filosófico en el que vivían, hay una idea de Santayana que Russell tomó y usó, si bien la modificó ligeramente. La idea es la de «fe animal». En manos de Russell, esta idea se transmutó en la de «creencia instintiva», una idea que Russell usa desde *Los problemas de la filosofía* en adelante. No deja de ser sorprendente el que, siendo dos filósofos sumamente independientes y ajenos técnicamente uno del otro, haya sido Santayana quien influyó en Russell y no a la inversa.

Es interesante el hecho de que Santayana hace partícipes a sus lectores de algunas afirmaciones russellianas proferidas con toda seguridad durante conversaciones privadas. Una en particular me parece interesante, sobre todo porque es factible rastrearla en los escritos de Russell. Señala Santayana hablando de Russell que:

«Yo iría al cadalso por sostener eso», decía a veces como resumen de su argumentación filosófica [Santayana (1955), p. 43].

Pero aquí lo interesante es: ¿en relación con qué punto de vista o tesis filosófica decía eso Russell? ¿Lo repetía constantemente? ¿Lo decía de todo lo que sostenía? ¿Tan inmensamente dogmático era Russell? Creo que no y que era sólo en relación con una teoría, a saber, la Teoría de las Descripciones, que él hacía afirmaciones de esa clase. Veamos, por ejemplo, lo que dice en *Introduction to Mathematical Philosophy*, un libro que, como se sabe, fue escrito durante su reclusión en la cárcel por sus actividades pacifistas durante la Primera Guerra Mundial y que probablemente vio la luz cuando Santayana todavía estaba en Inglaterra. Dice Russell:

Nos ocupamos en el capítulo precedente de las palabras *todos* y *algunos*; en este capítulo consideraremos la palabra *the* en singular (el, ATB) y en los siguientes capítulos consideraremos la palabra *the* en plural (ellos, ATB). Podría pensarse que es excesivo dedicarle dos capítulos a una palabra, pero para el matemático filósofo es una palabra de mucha importancia: como el gramático de Browning con la encíclica  $\delta\epsilon$ , yo daría la doctrina de esta palabra si estuviera «muerto desde la cintura para abajo» y no meramente en prisión [Russell (1970), p. 167].

Santayana recogió fielmente lo que Russell decía, pero quizá no apreció la importancia de la teoría que hacía que Russell se pronunciara del modo como lo hacía. Tenemos, pues, aunque a grandes brochazos, alguna idea de la clase de relación que establecieron Santayana y Russell y lo que pensaba uno del otro. Quisiera ahora considerar algunas opiniones filosóficas que hablan de un cierto intercambio de ideas entre ellos. De eso pasaré ahora a ocuparme.

## III. SANTAYANA Y RUSSELL: LA RELACIÓN FILOSÓFICA

Si hay un calificativo apropiado para describir la relación filosófica entre Santayana y Russell yo diría que es «superficial». Es un hecho que entre ellos no hubo nunca interacción filosófica seria. Podría, no obstante, hablarse de un cierto intercambio de ideas, el cual se habría plasmado sobre todo en unos cuantos escritos, varios de Santayana y uno de Russell (ya mencionados). Sin embargo, lo cual no deja de llamar la atención, si podemos hablar de influencia de uno sobre el otro, por mínima que haya sido, tendríamos que reconocer que fue Santayana quien logró que Russell modificara en algo alguna posición suya, básicamente sobre cuestiones de ética, en tanto que no puede decirse que Russell haya dejado la más mínima impronta en el pensamiento de Santayana. Consideremos entonces rápidamente lo que Santayana sostiene.

Son varias las razones por las cuales lo que podríamos llamar la «comunicación filosófica» entre Santayana y Russell estaba *ab initio* cancelada. Para empezar, Santayana, como ya señalé, era un filósofo pre-analítico y pre-lingüístico. En otras palabras, él nunca contempló los problemas filosóficos desde la plataforma de la filosofía del lenguaje. Esto explica, parcialmente al menos, por qué el vocabulario filosófico de Santayana es ya para entonces un vocabulario un tanto obsoleto y no hay indicios de que hubiera hecho un esfuerzo por renovarlo. Difícilmente podríamos decir lo mismo de Russell. Por ejemplo, Santayana usa libremente y como si no fuera problemática la noción platónica de «esencia», como si la noción fuera transparente y no requiriera de un sinnúmero de aclaraciones. Russell procede de manera distinta. En su libro *Los problemas de la filosofía*, él necesita distinguir entre objetos particulares y entidades abstractas y de hecho tiene en mente algo muy parecido (aunque no idéntico) a las formas platónicas, pero entonces él usa la dicotomía particular/universal para marcar la diferencia que le interesa. De hecho, el capítulo intitulado «El mundo de los universales» podría haberse llamado «El mundo de las esencias». Podría pensarse en-

tonces que da lo mismo hablar de esencias que hablar de universales, pero creo que eso sería un error. Las nociones en cuestión tienen connotaciones diferentes, nos llevan a establecer asociaciones distintas. Santayana simplemente hereda un vocabulario que surgió con los grandes pensadores griegos y lo usa como si el tiempo, el desarrollo de la filosofía, el conocimiento científico, etc. no contaran para nada; Russell en cambio intenta actualizar dicho vocabulario. Ahora bien, diferencias como estas inducen a pensar que ni siquiera es seguro de que estén *stricto sensu* hablando de lo mismo. Lo más que podemos decir es entonces simplemente que sus estilos filosóficos son marcadamente diferentes, si bien tienen puntos en común. Russell era un filósofo riguroso y presentaba tesis que, se estuviera de acuerdo con él o no, eran en general claras y de amplio alcance. Que su tesis sea que la noción de causa es redundante en ciencia o que el pronombre personal «yo» *tiene* que designar algo para que las oraciones en las que aparece sean significativas y susceptibles de tener un valor de verdad o cualquier otra tesis, con Russell siempre se sabe qué se discute y qué es lo que él sostiene. Además, en aquellos años en los que mantuvo una relación relativamente cercana con Santayana, esto es, desde 1893, que fue cuando se conocieron, hasta finales de la Primera Guerra Mundial, que es cuando Santayana abandona Inglaterra definitivamente para instalarse en Italia, Russell estaba en la vanguardia de la investigación filosófica pues había inaugurado, junto con G. Frege, los trabajos sobre los fundamentos de las matemáticas. Santayana alude a ello, declarando explícitamente que las cuestiones de lógica y de filosofía de las matemáticas no son sus temas. En su ensayo dedicado a la filosofía de Russell, confiesa:

En las páginas que siguen no intentaré cubrir la doctrina completa de Mr. Russell (sus partes más profundamente matemáticas se hallan lejos de mi comprensión) [Santayana (2020), p. 256].

Independientemente de ello, el ensayo en cuestión es un interesante esfuerzo, probablemente el primero de muchos que vinieron

posteriormente, por dar cuenta de lo que hasta entonces era la filosofía de Russell. En este ensayo, sin embargo, Santayana no se ocupa de su filosofía política, de su filosofía de las matemáticas ni de su semántica filosófica. Sus temas básicamente son un capítulo del libro *Problemas de la filosofía*, consideraciones sobre el pragmatismo tomando como base los artículos en los que Russell critica la teoría pragmatista de la verdad y el ensayo de Russell sobre cuestiones de ética, uno de los trabajos menos originales de Russell y que en el fondo no es más que un *addendum* a *Principia Ethica*. Diré unas cuantas palabras al respecto.

La primera sección del trabajo de Santayana versa sobre las esencias. Por lo menos en ese texto no está explicado qué entiende él por «esencia» y por lo tanto es difícil determinar qué es lo que realmente quiere discutir. En el caso de Russell el asunto es ligeramente más claro. Para Russell, los universales son básicamente propiedades y relaciones. «Ser rojo» y «ser tío de» ejemplifican lo que digo. Se trata de universales porque aparecen en múltiples porciones del espacio-tiempo. Es obvio que hay tanto cosas rojas como tíos y sobrinos aquí, en China y en múltiples otros lugares. Estas propiedades y estas relaciones son expresadas en el lenguaje formal mediante letras predicativas («*Ra*», para decir que *a* es rojo o «*aRb*» para decir que *a* es el tío de *b*). Ahora bien, de acuerdo con Russell expresiones abstractas como «*aRb*» también designan relaciones y propiedades. Por ejemplo, «*aRb*» indica la forma de las relaciones duales. Russell, por lo tanto, distingue un estrato de propiedades y relaciones todavía más abstracto que el de las propiedades y relaciones instanciadas en el mundo real, a saber, el de las formas lógicas. Es ese mundo de formas lógicas el que él reverencia y es su actitud hacia dicho «entidades» lo que Santayana critica. A él le parece que las preferencias por tales o cuales universales son a fin de cuentas un asunto de idiosincrasia, de mentalidad, es decir, algo totalmente arbitrario y sin justificación especial. Y lo critica también porque en última instancia Russell no aclara la naturaleza de las esencias. En relación con lo primero afirma:

Cualquiera que sea, por tanto, el hábito moral y mental de una persona, será forzosamente afín a una esencia o a otra [Santayana (2020), p. 262].

Y respecto a lo segundo dice:

Lo que en realidad sería una proeza sorprendente, y difícil de creer, sería que la mente humana comprendiera la *constitución de la naturaleza*, esto es, que descubriera cuál es la esencia concreta, o el sistema concreto de esencias, que la existencia real ilustra [Santayana (2020), p. 261].

Admito que no sé si la demanda de Santayana es siquiera razonable. Si explicamos la experiencia en términos de objetos, propiedades y relaciones y éstas en términos de formas lógicas: ¿cómo sería explicar, dar cuenta de las formas lógicas mismas? ¿Es sensato pedir una explicación de su «naturaleza»? Tengo la impresión de que Santayana pide una explicación ahí donde no puede darse.

La segunda parte del ensayo es más bien la exposición de lo que Santayana opina sobre el pragmatismo, basando su discusión en el par de artículos que Russell había publicado y en los que rechazaba la teoría pragmatista de la verdad. A decir verdad, esta sección más que sobre Russell es sobre él mismo, de manera que no ahondaré en el tema.

La tercera sección, esto es, la consagrada a la ética de Russell, es con mucho la parte más interesante. Lo que llamé la «ética de Russell», sin embargo, no era otra cosa que un artículo —«Los elementos de la ética»— en el que Russell discute temas de uno u otro modo derivados de la obra de Moore. En general, yo diría que la reacción de Santayana apunta en la dirección correcta. Sobre la base de que «bueno» es indefinible si bien es reconocible, Moore y Russell se habían auto-erigido en aquellos que son quienes realmente saben identificarlo. Ellos, *i.e.*, la gente sabia de Cambridge, eran, por así decirlo, los intermediarios entre el bien y los pobres terrícolas que buscan el bien a tientas y a tropezones. Adelantándose unos

cuantos años al Círculo de Viena, Santayana aborda el tema desde una perspectiva que podríamos llamar «emotivista». En todo caso, la posición que él combate queda claramente delineada como sigue:

Mr. Russell y Mr. Moore inferen en su lugar que la presencia de lo bueno ha de ser independiente de todo interés, actitud y opinión. Ellos imaginan que la verdad de una proposición que atribuya a un objeto cierta cualidad relativa contradice la verdad de otra proposición que atribuya al mismo objeto una cualidad relativa opuesta [Santayana (2020), p. 278].

O sea, Santayana rechaza el objetivismo, la teorización, la cuestión de la verdad en relación con la ética. Lo bueno, para él, no es un asunto de explicación, de intelección, de comprensión. A su manera, Santayana insiste en que la ética tiene que ver con emociones, con preferencias, con actitudes personales, no con hechos objetivos. Dice:

Pero hablar de la verdad de un bien último sería trastocar los términos; un bien último se elige, se encuentra o se persigue, no es opinable. Las intuiciones últimas en las que descansa la ética no se debaten puesto que no son opciones que aventuramos, sino preferencias que sentimos; y no puede ser ni correcto ni incorrecto sentirlas [Santayana (2020), p. 279].

Y Santayana no sólo repudia el intuicionismo mooreano-russelliano, sino que señala que Russell es contradictorio. En sus palabras:

Que lo bueno no sea una cualidad primaria o intrínseca sino relativa y adventicia se delata con claridad en el propio modo de argumentar de Mr. Russell cuando aborda cualquier cuestión ética concreta [Santayana (2020), p. 281].

Por otra parte, es interesante notar cómo Santayana reacciona contra el uso del formalismo, del cual los filósofos analíticos han

abusado *ad nauseam*, si bien en Russell todavía era bastante moderado. Dice:

En el mundo real, las personas no son egos abstractos, como A y B, en los cuales beneficiar a uno de ellos es claramente tan bueno como beneficiar a otro [Santayana (2020), p. 283].

Instintiva pero perspicazmente, Santayana rechaza la uniformización de las discusiones morales, políticas, jurídicas, estéticas, religiosas y demás, detrás de un formalismo que si bien facilita la exposición oculta diferencias que a menudo son relevantes para el examen de una tesis o de una determinada situación. Y por si fuera poco, Santayana pone el dedo en la llaga al apuntar a consecuencias desastrosas del enfoque mooreano-russelliano, un enfoque en el que el bien es hipostasiado y, naturalmente, reservado para los privilegiados de Cambridge. La ética russelliana tiene, según Santayana, claros efectos anti-sociales. Dice:

No puedo evitar pensar que la conciencia de la relatividad de los valores, si se hiciera predominante, tendería a hacer que la gente fuera más verdaderamente social que la creencia de que las cosas poseen valores intrínsecos e inamovibles, independientemente de cuál pueda ser la actitud de cualquiera ante ellos [Santayana (2020), p. 284].

La crítica de Santayana a la ética de Russell es efectiva y en su momento Russell lo reconoció. Así, a pesar de que nunca debatió en público con Santayana y de que no lo consideraba un interlocutor filosófico, Russell tiene la gallardía de reconocer que en un punto al menos Santayana, en un lenguaje que no era el estándar, le hizo de todos modos ver su error. Afirma:

A pesar de ello, tengo contraídas ciertas deudas filosóficas con él. Cuando yo era joven, estaba de acuerdo con G. E. Moore en creer en la objetividad del bien y del mal. La crítica de Santayana en *Winds of*



*Doctrine*, me hizo abandonar esta opinión, a pesar de que nunca he sido capaz de sentirme tan cómodo y descansado sin ella como teniéndola [Russell (1962), p. 91].

El que Russell reconozca que Santayana lo criticó con éxito habla bien tanto de uno como del otro. Sobre la crítica de Russell a la metafísica de Santayana no diré nada en este artículo.

#### IV. BALANCE

Yo me inclino a pensar que tanto la relación personal como la filosófica entre George Santayana y Bertrand Russell es ante todo una relación de caballeros. A Russell seguramente le intrigaba un poco la faceta hispánica de Santayana, aquello que no era en él anglo-sajón, su forma directa y sarcástica de hablar, su defensa del catolicismo en un país de religión anglicana. A Santayana le llamaron la atención lo distinguido de la personalidad de Russell, su palpable inteligencia y cultura y probablemente su pertenencia a la nobleza británica. En lo que a la filosofía concernía, era *a priori* obvio que no existía la menor posibilidad de que compartieran un proyecto, no digamos ya trabajaran juntos. Pero eso no impidió que surgiera entre ellos una relación de amistad un tanto peculiar, pero sólida. Yo pienso que su relación es de esas relaciones que no son particularmente fructíferas, pero que tampoco son tormentosas ni dañinas. En ese sentido, fue una relación positiva. Vistos retrospectivamente, George Santayana y Bertrand Russell son dos personas que se toparon en la ruta de la vida, que la recorrieron juntos por un breve periodo, se dieron un buen apretón de manos siguiendo después cada uno de ellos su propio derrotero. A una relación de amistad como esa no hay nada que se pueda objetar.

*Instituto de Investigaciones Filosóficas*

UNAM

*e-mail: altoba52@gmail.com*

## NOTAS

<sup>1</sup> Probablemente, la traducción correcta sea «sentido del humor». ATB.

<sup>2</sup> En español, el verbo apropiado en este caso es más bien «conocer». Podemos decir «yo sé alemán», pero es claro que lo que Santayana quiere decir es que Russell *conocía* bien ciertos lenguajes, es decir, su gramática, su fonética, etc. Eso no queda recogido con «sabía».

## REFERENCIAS

- RUSSELL, B. (1962) *Retratos de memoria y otros ensayos*, traducción de Manuel Suarez, Buenos Aires: Aguilar.
- (1970) *Introduction to Mathematical Philosophy*, London: Allen & Unwin
- SANTAYANA, G. (1955) *Mi anfitrión el mundo*, traducción de Pedro Lecuona, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- (2020) «La filosofía de Mr. Bertrand Russell», en *Ensayos de la historia de la filosofía*, traducción de Daniel Moreno Moreno, Madrid: Tecnos.